

VISIÓN DEL MUNDO EN LAS FLECHAS DE APOLO¹

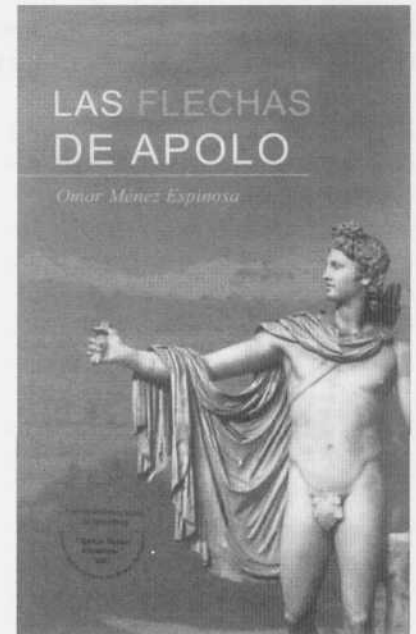
Elisena Ménez Sánchez

“Una novela, dice Ernesto Sabato, no se escribe con la cabeza, se escribe con todo el cuerpo”. En este sentido, muchas de las cosas que expresan los autores en sus obras parecen oscuras ante el primer intento de explicación razonada sobre los porqués de lo escrito, dado que en el proceso de creación literaria interactúan las distintas fuerzas del “yo-inventivo”: fuerzas inconscientes y subconscientes se mezclan con las conscientes, con la voluntad creadora y con las ideas estéticas o filosóficas que el autor posee. Por eso, afirma Sabato, al final la obra es una visión o, mejor aún, una concepción del mundo.²

Testigo de la gestación de esta novela ganadora del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, otorgado por la Universidad Autónoma del Estado de México, pude ver a su autor, Omar Ménez Espinosa, inmerso en prolongadas horas de lectura, redacción e investigación, para dar fin a *Las flechas de Apolo*, libro que con su publicación hoy cierra el proceso creativo de la obra (que abarcó poco más de un lustro) e inaugura el proceso recreativo de sus lectores.

La historia de *Las flechas de Apolo* se desarrolla en el lapso de un año: desde la noche del 28 de diciembre de 1829 hasta la de los Santos Inocentes de 1830 en San Joseph Tolotzinco, poblado de la Prefectura de Toluca. En este periodo se narran las vicisitudes por las que atraviesa la población de San Joseph, al padecer, durante los primeros ocho meses del año 1830, la presencia con rostro pustuloso y tentáculos morbíficos del personaje principal del relato: la epidemia de viruela.

Así como en la “Rapsodia primera” de la *Iliada* se esparcen las flechas de Apolo infectadas con la peste, luego de haber sido invocado este dios por el sacerdote Crises para acabar con los dánaos en venganza por no haber sido aceptado el rescate que ofreció por su hija, prisionera del enemigo, de la misma forma la epidemia de viruela diezma a la población, propagándose entre los



tolotzinqueños. En el epígrafe de la novela se cita un fragmento de dicho pasaje de la *Iliada*, al que también hace referencia el personaje-narrador de la obra: el doctor José María Uruñuela. Dice el epígrafe: “Al principio el dios disparaba contra los mulos / y los ágiles perros; / mas luego dirigió sus mortíferas saetas a los hombres / y continuamente ardían muchas piras de cadáveres.”³

El *leit motiv* del dios flechador nos recuerda que en la mitología griega y romana, Apolo —uno de los dioses olímpicos, hijo de Zeus y Leto, hermano gemelo de Artemisa— es considerado como dios de la luz y el sol, de la música, la poesía y las artes, al regir en ellas la armonía, el orden y la razón; asimismo, es dios del tiro con arco, de la verdad y la profecía, y de la colonización (se dice que Apolo aconsejaba sobre la instauración de colonias; según la tradición griega, ayudó a los cretenses o arcadios a fundar la ciudad de Troya). También es considerado dios de la medicina y la curación, en este último caso, se menciona como el elegido para traer la enfermedad y la plaga mortal, y capaz luego de poder curarla. La etimología del nombre de este dios es incierta, se relaciona con los significados de “redimir”, “purificar”, “el que siempre dispara”, “unidad” (o, literalmente, “privado de la multitud”), “rebaño”, “asamblea” (por lo que Apolo sería el dios de la vida política) y, por supuesto, se le asocia con el verbo: “destruir”.

El total de vidas segadas por la viruela en San Joseph Tolotzinco, “según los medios gubernamentales”, fue de

¹ Texto leído en la presentación del libro *Las flechas de Apolo*, de Omar Ménez Espinosa, el 27 de mayo de 2008 en la Capilla Exenta de la ciudad de Toluca, como parte de las actividades de la Feria Nacional del Libro 2008 (FENIE), organizada por la Universidad Autónoma del Estado de México.

² Antología de textos sobre lengua y literatura, UNAM, México, 1971, p. 176.

³ Omar Ménez Espinosa, *Las flechas de Apolo*, UAEM, México, 2008, p. 9.

seiscientas cincuenta a setecientas; en realidad, como lo atestigua el doctor Uruñuela, fue el doble, contando “niños, adultos y ancianos, mujeres y varones” (Méñez, p. 193). Este fue el precio que pagó la población para librarse, después de ocho meses de incertidumbre, de la epidemia.

La salvación de los personajes que logran sobrevivir en la novela se consigue gracias a las medidas curativas y preventivas –tanto médicas, como económicas y políticas en materia de urbanización sanitaria– aportadas por los integrantes de la Junta de Sanidad Municipal, de la que forman parte los doctores José María Uruñuela, Miguel Castillo, Joaquín Martínez y Antonio Gallo, así como el fraile Francisco Muñoz y el señor José María González Arratia.

Luego entonces, las flechas apolíneas lanzadas contra la población tolotzinqueña no sólo permiten a los médicos del relato, principalmente al narrador, cuestionar los principios aprendidos en la Escuela de Medicina a fin de dar con el tratamiento eficaz para la curación de enfermos virolentos; ellas también dan pie al inicio de urbanización y repoblación del municipio para que éste deje de ser “un triste villorrio habitado por tristes muertos... tristes muertos vivientes” (Méñez, p. 13).

Dios de la verdad y la profecía, de la colonización, la medicina y la curación, Apolo se presenta simbólicamente en San Joseph Tolutzinco disparando sus flechas para destruir o diezmar a la población, poner en tela de juicio las verdades científicas y metafísicas, exponer al hombre ante sí mismo en su condición finita y redimirlo ante la aceptación de su verdad individual: el egoísmo de saberse vivo, empeñado en la lucha por continuar respirando el mayor tiempo posible, pues el deseo de inmortalidad es instintivo, nace en la médula de los huesos, circula con la sangre y baña todas las fibras, tejidos y vísceras del organismo, forma parte de la naturaleza corpórea y obsesiona a los animales y a los hombres [...] el raciocino nos hace entender que al final, la muerte, triunfadora, nos envolverá con su frío sudario y aún así, rogamos por que se nos concedan unas pocas bocanadas más de aire, aunque sean breves; suplicamos por unos instantes más de vida consciente. (Méñez, p. 202.)

Retomo las palabras de Sabato cuando afirma que “aunque el ser humano vive en su tiempo y es necesariamente un ser social e histórico, también subsiste en él el hecho biológico de su mortalidad y el problema metafísico de la conciencia de esa mortalidad, su deseo de absoluto y de eternidad” (Sabato, p. 177). Por eso, agrega el autor de *El túnel*: “La novela [como género literario] intenta explorar y encontrar un sentido en la existencia del hombre [...], intenta dar la totalidad [de éste]” (Sabato, p. 183), y ese sentido, esa totalidad no es otra cosa que el encarnizado examen de la condición humana. En la epopeya

contemporánea de *Las flechas de Apolo* se transforman en ficción las biografías de personajes reales, quienes, al lado de los personajes ficticios, se enfrentan contra la epidemia, develando en sus actos la inevitable condición humana ante la incertidumbre de la finitud.

En esta lucha por la sobrevivencia no importa si se es pobre o rico; médico, brujo sacerdote o profano; hombre, mujer, niño o anciano; loco o cuerdo; español, criollo, mestizo o indígena..., cualquiera busca la curación del cuerpo o, en caso extremo, la salvación del alma. Ninguno escapa a esta condición humana: ni don José Hermógenes, quien, no obstante haber permanecido en cuarentena voluntaria en la azotea de su casa, tropieza al salir de su refugio y muerte; ni doña Hipólita, la vieja recolectora de perros callejeros encomendada a la protección de San Roque; ni el doctor Castillo, refugiado en el suicidio; ni siquiera el propio narrador, el doctor Uruñuela, a través de cuya voz y conciencia el lector se entera de los avances y límites de los conocimientos médicos de la época, así como de los acontecimientos históricos no tan remotos (como la lucha de Independencia y la participación de masones escoceses y yorkinos en las reformas políticas) y de los contextos tecnológicos y socioeconómicos que condicionan las actitudes de los personajes. A través de esta voz narrativa el lector también establece empatía con el médico, con la inevitable incertidumbre de éste y con su oculto egoísmo, reprimido en un sentimiento de culpabilidad.

Omar Méñez Espinosa examina, a través de sus personajes, la condición humana en su lucha contra la mortalidad; se sirve para ello de distintas técnicas narrativas, como la crónica (que parte de acontecimientos reales y se mezcla con los ficticios), el diario personal, el uso de planos alternos para relatar acontecimientos desarrollados en distintos espacios y tiempos, el ensayo científico y literario, la transcripción de documentos oficiales y el lenguaje cinematográfico, evidente en el capítulo que cierra la novela.

No sé si *Las flechas de Apolo* sea una novela que trascienda el tiempo de su autor, pero considero que es una gran novela, si tomamos en cuenta que “las grandes novelas son aquellas que transforman al escritor (al hacerlas) y al lector (al leerlas)”. Por eso, según Sabato, la palabra “agrado” o la palabra “placer” no tienen nada que ver con esta clase de literatura. “No se escribe para agradar sino para sacudir, para despertar” (Sabato, p. 198). ☐

Elisena Méñez Sánchez. Licenciada en Letras Latinoamericanas por la UAEM y diplomada en creación literaria por la Escuela de Escritores de la SOGEM del DF. En 1988 fue becaria del Centro Toluqueño de Escritores y en 2006 obtuvo el Premio Internacional de Poesía “Fanny León Cordero”, otorgado por la Asociación de Escritoras Contemporáneas del Ecuador y la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”.